

Fuentes

CuadMon 2 (1966) 1-20
MAURO MATTHEI, OSB

LOS DICHOS DE LOS PADRES DEL DESIERTO II³³

El abad Amón

(Discípulo del abad Antonio. Vivió 14 años en el desierto de Sceté. Llegó a ser obispo. Se conservan cartas de él).

Discreción. (1)

Uno de los Padres refería lo siguiente: “En el desierto de Sceté vivía un anciano muy trabajador, vestido sólo con un tejido de juncos. Cierta día vino donde el abad Amón. Este observó su vestimenta y le dijo: “Eso de nada te sirve”. Entonces el monje le dijo: “Tres pensamientos me preocupan sin cesar: ¿Debo andar errante por el desierto, debo irme a países extraños donde nadie me conoce o debo encerrarme en mi celda, no contestar a nadie y comer sólo día por medio?”. El abad Amón le respondió: “Ninguna de las tres cosas te conviene. Mejor es que permanezcas en tu celda comiendo cada día moderadamente y teniendo siempre en tu corazón la palabra del publicano pecador. Así podrás salvarte”.

Misericordia. (10)

El abad Amón llegó un día a cierto lugar a la hora de comida. Vivía allí un hermano que tenía mala fama y a cuya celda acababa de entrar una mujer. Lo supieron los habitantes de la región, se indignaron sobremanera y se juntaron para echar al hermano de su celda. Rogaron al abad Amón que los acompañara. Mientras tanto el hermano había escondido a la mujer en un barril. Al llegar la gente a la celda, el abad Amón ya sabía lo que había sucedido y por amor de Dios decidió disimular el asunto. Entró en la celda del hermano, se sentó encima del barril y ordenó que, revisaran todo. Después que la gente hubo explorado sin fruto todos los rincones de la celda, les dijo el abad Amón: “¿Qué habéis hecho? Que Dios os perdone”. Y después de haber rezado con ellos los despidió. Después tomó al hermano de la mano y le dijo: “Ten cuidado, hermano” Y se fue.

La senda angosta. (11)

Al abad Amón le preguntaron: “¿Cuál es la senda angosta y estrecha?” (Mt. 7, 14).

El contestó: “Esto: dominar sus pensamientos y, por amor de Dios, cortar la voluntad propia. Esto mismo senos dice por la sentencia: Mira, lo hemos dejado todo y te seguimos” (Mt. 19, 27).

El abad Aquilas

(Vivió en el desierto de Sceté en tiempos de Ammoes).

Misericordia. (1)

³³ Las noticias biográficas se basan en las informaciones del libro, “Sprüche der Väter”, por el P. Bonifacio de Chevetogne, Viena y Graz 1963.

Cierta vez tres monjes se presentaron al abad Aquilas y uno de ellos tenía mala fama. Uno de ellos le rogó al anciano: “Padre, hazme una red para cazar”. Pero este le respondió “No”. El otro monje agregó: “Padre, hazlo como un favor especial para nosotros, a fin de que tengamos un recuerdo tuyo en el monasterio”. Pero el anciano se negó diciendo: “No tengo tiempo”. Después de ellos el tercero, es decir, el que tenía mala fama, le pidió: Padre, hazme una red, para que tenga algo proveniente de tus manos”. Inmediatamente el anciano respondió: “Con mucho gusto”. Después los otros dos monjes le preguntaron: ¿Por que no quisiste corresponder a nuestro pedido y a éste le dices ‘Con mucho gusto’?”. El anciano les respondió: “Os dije ‘No lo haré’ y no estabais tristes, porque visteis que no tenía tiempo. Pero sí me hubiera negado a este otro, él habría pensado: ‘Mi pecado ha llegado a oídos del abad y por ello no quiere hacerme el favor’. Y de inmediato puse manos a la obra, para que su alma despertara y no fuese devorada por el desaliento”.

Dulzura. (4)

Uno de los ancianos visitó al abad Aquilas y vio que éste escupió sangre. Le preguntó: “¿Qué significa esto, Padre?”. El anciano respondió: “Es una palabra que vino a mi mente contra un hermano que me ha causado tristeza. Luché conmigo para no decírsela. Recé a Dios para que la quitara de mí. Entonces aquella, palabra se hizo como sangre en mi boca. La escupí de inmediato y quedé en paz. Así se me pasó aquella pena”.

El abad Alonio

(Fue contemporáneo de Arsenio y de Agatón).

Soledad. (1)

El abad Alonio dijo: “Si el hombre no dice en su corazón: ‘Yo y Dios estamos solos en este mundo’, no tendrá paz”.

Renuncia. (2)

Otra vez dijo: “Si no hubiera destruido todo, no habría sabido edificar”.

El abad Apolo

(Fue pastor. En penitencia de un pecado muy grave se hizo -monje y vivió en los desiertos de Sceté y de las Celdas).

Hospitalidad. (3)

Decía el abad Apolo a propósito de la hospitalidad: “Hay que honrar a los hermanos que vienen a nuestra casa, porque en ellos honramos a Dios”. “Si ves a tu hermano, solía decir, has visto al Señor, tu Dios. Eso lo hemos aprendido de Abraham. Y si acogéis al hermano, persuadidlo a que descansa. Esto es lo que nos enseñó Lot quien instó a los ángeles a que descansasen”.

El abad Andrés

(No se tienen noticias acerca de su vida)

Vida monástica.

Decía el abad Andrés: “Tres cosas convienen al monje: una vida de peregrino, pobreza y silencio en gran paciencia”.

El abad Besarión

(Ermitaño en el desierto de Sceté, vivió a mitad del siglo IV. Se destacó por la dureza de su penitencia. Siempre llevaba consigo el evangelio para imitar en todo al Señor. Fue Padre espiritual del abad Dulas).

Humildad. (7)

Un hermano había pecado y el sacerdote lo expulsó de la iglesia. Entonces el abad Besarión se levantó y salió con 61, diciendo: “También yo soy un pecador”.

Modestia. (10)

Cierto hermano que vivía con otros monjes preguntó al abad Besarión: “¿Qué debo hacer? El anciano le respondió: “Guarda silencio y no te compares con los demás”.

Contemplación. (11)

Al morir el abad Besarión dijo: “Como los querubines y serafines el monje debe ser enteramente ojo”.

El abad Gelasio

(Vivió a mediados del siglo V en Palestina. Habiendo sido al principio ermitaño fundó más tarde un cenobio).

Conformidad con nuestra vida. (6)

Se refería lo siguiente del abad Gelasio: “Como lo atormentaba a menudo la idea de ir al desierto, dijo cierto día a su discípulo: “Hazme una obra de caridad, hermano y soporta todo lo que emprenda ya en esta semana y no me dirijas la palabra”. Tomó, enseguida, un bastón y comenzó a andar en su pequeño patio. En cuanto se cansaba se sentaba un rato. Se levantaba luego y volvía a caminar. Al atardecer se dijo a sí mismo: “El que camina por el desierto no come pan, sino sólo yerbas; pero tú, que eres débil, come un poco de legumbre”. Después volvió a hablar consigo mismo: “El que vive en el desierto no duerme bajo techo, sino a cielo descubierto. Hazlo así”. Y se acostó sobre la tierra del patio. De esta suerte estuvo caminando tres días en el patio del monasterio. Al atardecer comía algunas legumbres y en la noche dormía al aire libre. Finalmente se sintió fatigado y, arrepentido de su pensamiento, se hizo la siguiente advertencia: “Si no eres capaz de realizar las obras del desierto, quédate mejor en tu celda. Lloro tus pecados y no andes caminando por allí. En todas partes el ojo de Dios ve las obras de los hombres y nada permanece oculto ante él. El conoce a los que obran el bien”.

El abad Benjamín

(Era sacerdote y vivió en el desierto de las Celdas).

Regla de vida cristiana.

Al morir el abad Benjamín dijo a sus monjes: “Regocijaos siempre, rezad sin cesar, dad gracias en todo. Haced eso y os salvaréis”.

El abad Dulas

(Discípulo de Besarión, vivió en el desierto de Sceté en el siglo v).

La paz interior. (1)

Decía el abad Dulas: “Si el enemigo pretende quitarnos la paz interior, guardémonos de escucharlo. Nada se puede comparar con esta paz y con el ayuno. Ambos nos arman contra el maligno, porque agudizan el ojo interior”.

Epifanio de Chipre

(Nacido alrededor de 315 en Eleuterópolis de Palestina, vivió algunos años con los monjes de Egipto. A los 20 años fundó junto a su ciudad natal un monasterio, del que fue prepósito durante 30 años. El año 367 fue elegido metropolitano de Salamina, Chipre. Nunca abandonó su modo austero de vida. Autor de varias obras de carácter teológico, murió el año 403).

Perdón. (4)

Cierta vez S. Epifanio envió a un mensajero al abad Hilarión y lo invitó a comer con las siguientes palabras: “Ven, para que antes de dejar esta vida corporal, nos veamos por última vez”. Grande fue la alegría de ambos al verse de nuevo. Al sentarse a comer les sirvieron ave y el obispo le ofreció una presa al abad Hilarión. Entonces el anciano le dijo: “Perdóname, pero desde que he tomado el hábito de monje nunca he comido carne”. El obispo le respondió: “Y yo, desde que llevo hábito de monje, no permití que nadie se fuera a dormir teniendo algo contra mí; ni yo me fui nunca a descansar, teniendo todavía algo contra alguien. Entonces le dijo el anciano: “Perdóname, tu modo de vivir es superior al mío”.

Lectio divina. (9)

Dijo san Epifanio: “La lectura de la sagrada Escritura es un gran seguro contra el pecado”.

El abad Isaías

(Murió el año 488 en Gaza. Fue autor de varias obras de carácter ascético).

Novicios. (1) y (2)

El abad Isaías decía: “Nada es tan provechoso para un novicio como la humillación. El novicio que, tratado con dureza, lo soporta pacientemente es como un árbol que se riega todos los días”.

Otra vez habló a los que comienzan (la vida monástica) y se someten a los santos Padres y les dijo: El primer teñido no se pierde nunca, como sucede también con la púrpura”.

También dijo: “Así las Jóvenes son flexibles y se dejan cambiar de un lado a otro, así son los novicios que se ejercitan en la obediencia.

Voluntad propia. (7)

También decía: “Cuando Dios se quiere apiadar de un alma y ésta se resiste y no lo soporta y sigue su propia voluntad, El deja que ella sufra lo que no quiere, a fin de que por este camino lo busque”.

Calumnia. (10)

Le preguntaron cierta vez: ¿Qué es la calumnia?”. Les contestó: “Desconocer la gloria de Dios y envidiar al prójimo”.

El abad Teodoro de Ferme

(Contemporáneo de Arsenio, dejó el desierto de Sceté después de 410 y vivió en Ferme).

Sufrimiento. (2)

Un hermano que vivía solo en el desierto de las Celdas se encontraba en un estado de agitación interior. Fue donde el abad Teodoro de Ferme y le manifestó su inquietud. El anciano le prescribió lo siguiente: “Retorna, humilla tus pensamientos, sométete y permanece con los hombres”. Poco después el monje inquieto se presentó de nuevo al anciano y le dijo: “Tampoco en la compañía humana he encontrado la paz”. Entonces el anciano le dijo: “Si ni en la soledad, ni en la compañía humana encuentras la paz, ¿para qué te hiciste monje? ¿No fue acaso para sufrir? Dime: ¿Cuánto tiempo llevas ya ese hábito de monje?”. El otro le contestó: “Ocho años”. Entonces el anciano le respondió: “Yo, en setenta años que llevo este hábito no he conocido un solo día sin aflicción. ¿Y tú pretendes estar en paz después de sólo ocho años?”. Con esto el hermano quedó confortado y se fue.

Honar a todos los hombres. (13)

Dijo una vez: “Ninguna virtud es tan grande como ésta: no despreciar a nadie”.

Soledad. (14)

Dijo también: “El que ha experimentado la dulzura de la celda huye al prójimo, pero sin despreciarlo”.

El abad Teodoro de Eleuterópolis

Fama y desprecio. (1)

El abad Abraham, el Ibero, preguntó cierta vez al abad Teodoro de Eleuterópolis: “¿Qué es mejor, Padre: debo tratar de ganar buena fama o el desprecio de los hombres?”. Le contestó el anciano: “Prefiero ganar buena fama y no desprecio. Pues si hago algo bueno y me alaban por ello puedo refrenar mis pensamientos y persuadirme de que no soy digno de tal honor. En cambio, el desprecio resulta de las malas acciones. ¿Cómo podré consolar mi corazón si los hombres se escandalizan de mí? Por ello es preferible hacer cosas buenas y ser alabado por ello”. Entonces le dijo el abad Abraham: “Tienes razón, Padre”.

El abad Theonás

(contemporáneo de Teodoro de Ferme).

Contemplación.

El abad Theonás decía: “Porque nuestro espíritu se aparta de la contemplación de Dios nos aprisionan las pasiones carnales”.

La madre Teodora

(Contemporánea del patriarca Teófilo de Alejandría).

Este tiempo y el siglo futuro. (2)

Decía la madre Teodora: Esforzaos por entrar por la puerta estrecha. Los árboles no pueden dar fruto si no reciben la lluvia de invierno. Para nosotros el invierno es el tiempo presente. No podemos ser herederos del reino de los cielos si no es a través de muchos sufrimientos y tentaciones.

Humildad. (6)

Decía la madre Teodora: “Ni la ascesis, ni las vigilias ni ninguna otra obra trabajosa nos procuran la salvación, sino sólo la auténtica humildad. Vivía una vez un ermitaño que expulsaba demonios. Una vez les preguntó: “¿Qué es lo que os ahuyenta? ¿El ayuno?”. Contestáronle: “Nosotros no comemos ni bebemos” “Por las vigilias?” “Nunca dormimos”. “¿Por la separación del mundo?”. “Vivimos en los desiertos”. “Entonces, ¿qué os ahuyenta?”. Y respondieron: “No nos vence sino la humildad”.

Perseverancia. (7)

Refirió la madre Teodora cierta vez, el siguiente caso: “Érase una vez un monje, que atribulado por la multitud de las tentaciones, se dijo a sí mismo: “Me voy de aquí”. Y al calzarse sus sandalias vio a otro hombre que igualmente se ponía sus sandalias y que le dijo: “¿No es por mí que quieres irte? Mira, que te precederé adondequiera que te dirijas”.

El abad Juan Colobos

(Nació en 339 de padres pobres. A los 18 años se retiró al desierto de Sceté y fue durante 12 años discípulo del abad Ammoes; alrededor de 375 comenzó a vivir como ermitaño en el desierto de las Celdas. Más tarde fundó una comunidad de monjes. Dio el hábito monástico al abad Arsenio).

Sobre el trabajo. (2)

Referían del abad Juan Colobos que éste cierta vez había dicho a su hermano mayor: “Quisiera vivir sin preocupación, como los ángeles, que no trabajan y sirven continuamente a Dios”. Y, despojándose de su túnica se retiró al desierto. Después de una semana retornó donde su hermano. Al golpear la puerta, éste le preguntó: “¿Quién es?”. “Soy yo, Juan, tu hermano”. Pero éste le, contestó: “Juan se ha transformado en ángel y ya no vive entre los seres humanos”. Juan insistió: “No, yo soy”. Sin embargo, su hermano no le abrió la puerta y lo dejó entregado a su aflicción hasta la mañana siguiente. Cuando por fin le franqueó la entrada le dijo: “No eres más que un hombre y necesitas trabajar para vivir”. Juan se arrojó a sus pies y le dijo: “Perdóname”.

Servir y ser servido. (7)

Cierta vez los Padres del desierto de Sceté se reunieron para recrearse y comer juntos. Entre ellos estaba también el abad Juan Colobos. Durante la comida se levantó un sacerdote, muy venerable, para servir a los demás el agua. Todos se negaron a aceptar ese servicio, fuera de Juan Colobos. Los demás se extrañaron de aquella actitud y le dijeron: “¿Cómo tú, el más joven de todos, sufriste que un sacerdote fuese tu servidor?”. El les contestó: “Cuando me levanto para servir agua, me alegro de que acepten mi servicio y que yo gane así un mérito. Por ello acepté; así él tuvo una satisfacción y no se entristeció de que no se hubiese recibido su servicio”. Después de estas palabras quedaron todos muy edificados de su discreción.

Tentaciones. (13)

Decía el abad Poimén del abad Juan Colobos, que éste había pedido a Dios que le quitara las malas pasiones y así había quedado sin aflicción. Al irse había dicho a uno de los ancianos: “Me encuentro en paz y no tengo ningún combate interior”. Entonces el anciano le había contestado: “Vete y pide a Dios que vuelvan tus tentaciones y con ellas tu compunción y humildad de antes. Porque las tentaciones son provechosas para el alma”. Hízolo así el abad Juan y cuando sintió que retornaban las tentaciones no había ya rezado para estar libre de ellas, sino que había dicho: “Dame, Señor, perseverancia en el combate”.

Justificación de sí mismo. (21)

Decía el abad Juan: “Hemos dejado la carga liviana, es decir, el reconocimiento de nuestras faltas y nos hemos impuesto un peso insoportable, que es la auto-justificación”.

Paz. (25)

Referían del abad Juan que cierta vez había ido de su celda a la iglesia; pero cuando allí fue testigo de una discusión entre varios monjes se retiró de nuevo a su celda. Antes de entrar caminó tres veces alrededor de su habitación. Algunos hermanos, al observar el hecho, sin poder explicárselo se presentaron donde él para averiguar la razón de esto. Él les dijo: “Mis oídos estaban llenos de aquellas palabras irritadas. Entonces caminé un rato para purificarme y cuando me sentí en paz entré de nuevo a mi celda”.

Halagos. (32)

Cierta vez alguien vino donde el abad Juan Colobos, que estaba fabricando una cuerda, y le encomió su trabajo. El abad guardó silencio. Volvió a hablar el visitante, pero el abad siguió callado. Cuando el visitante comenzó a hablar por tercera vez le dijo: “Desde que has entrado a esta celda has echado a Dios de mi lado”.

Regla de vida. (34)

El abad Juan decía: “El hombre debe tener parte en todas las virtudes. Al levantarte en la mañana comienza a practicar las virtudes y los mandamientos de Dios, con gran paciencia, temor y longanimidad, en amor de Dios, con entera buena disposición, tanto espiritual como corporalmente, con mucha humildad, con paciente perseverancia en las aflicciones del corazón y en la vigilancia, con muchas oraciones y súplicas, con gemidos, guardando la pureza de la lengua y la modestia de los ojos. Si eres insultado no te irrites, sé pacífico y no retribuyas mal por mal. No prestes atención a las faltas ajenas, no te compares con otros, sino ponte por debajo de todas las criaturas. Practica la abnegación en todas las cosas materiales y terrenas. Lleva tu cruz y sostén tus luchas, vive en la pobreza espiritual, usa tu libre albedrío, practica la ascesis espiritual. Ayuna, haz penitencia, llora;

ama la discreción, la pureza del alma, el ejercicio del trabajo manual, hecho en paz espiritual. Vigila, sufre hambre, sed, frío, desnudez y muchas penalidades. Cierra tu tumba, como si ya estuvieras muerto y vive las horas como si fueran las postreras”.

Esfuerzo. (37)

Uno de los Padres preguntaba al abad Juan Colobos: “¿Qué es un monje?”. Y éste le respondió: “Esfuerzo y fatiga; porque el monje se esfuerza en todas sus obras. Eso es el monje”.

El abad Isaac

(Posterior a Pambo, fue discípulo de Cronios y Teodoro de Ferme. Fue ordenado sacerdote y nombrado superior de una comunidad de 210 monjes. Construyó una hospedería en el desierto de las Celdas para las visitas de los monjes y otra para enfermos. Vivió 30 años como ermitaño).

Fraternidad. (9)

Decía el abad Isaac: “Nunca llevé conmigo a la celda un pensamiento contra un hermano que me había ofendido. Me esforcé también de no dejar nunca a un hermano con un pensamiento contra mí cuando me separaba de él”.

Perseverancia. (11)

Cuando el abad Isaac estaba por morir se reunieron los Padres alrededor de su lecho y le dijeron: “¿Qué haremos después que te hayas ido?”. Él les contestó: “Considerad mi vida y si queréis imitarla y guardar los mandamientos de Dios, Él os enviará su gracia y guardará este lugar. Pero si no guardáis sus mandamientos no permaneceréis en este lugar. También nosotros nos sentíamos abatidos cuando murieron nuestros Padres espirituales. Mas guardamos los mandamientos de Dios y sus instrucciones y perseveramos como si ellos aún hubiesen estado entre nosotros. Hacedlo así y os salvaréis”.

El abad José de Panefo

(Fue ermitaño en la región de Panefo, cerca de un monasterio. Fue a visitar a san Antonio).

Humildad. (2)

El abad Poimén preguntó cierta vez al abad José: “Dime lo que debo hacer para llegar a ser monje”. Este le respondió: “Si quieres alcanzar la paz, tanto en esta tierra como allá arriba, pregúntate ante todo: “¿Y quién soy yo?”. Y no juzgues a nadie”.

No perjudicar al prójimo. (4)

Un hermano le preguntó al abad José: “¿Qué debo hacer? Pues no soy capaz de soportar el mal, ni de trabajar, ni de hacer una obra buena”. Le respondió el anciano: “Aunque no sepas hacer nada de eso, guarda al menos tu conciencia de todo perjuicio del prójimo y así te salvarás”.

Las Condes, Chile